



Cristo vive en mí **2**

Grupos Maristas de Encuentro

Propuesta de Jesús: La fraternidad del Reino

En nuestra reunión queremos hacer presente la experiencia de centrar la vida en la propuesta de Jesús o, lo que es lo mismo, en Dios Padre reinando en nuestra vida. Somos hermanos, hijos del mismo Padre, y vivimos con los demás como miembros de una misma familia.

1. Nos ambientamos para nuestro encuentro

Jesús nos invitó a vivir de una forma radicalmente nueva. Dios es Padre de todos y cada uno de los seres humanos. Y el momento en el que Dios, Padre, debe reinar en los corazones de sus hijos ha llegado YA. El cielo es ahora. La clave de su propuesta, por tanto, es Dios mismo. Por eso, cuando Jesús nos enseña a orar no nos dice "Dios mío, Dios mío", sino 'Padre nuestro'. Padre de toda la humanidad, Padre de mis hermanos y hermanas, Padre/Madre en torno al cual nos reunimos todos, con nuestras heridas y nuestros defectos, en torno a la misma mesa. Y partimos el pan.

El Reino es sinónimo de fraternidad

Dios me sabe a pan. A nuestro pan de cada día.
Me sabe a pan de hogaza redondo y cálido,
que sabe a hogar, amor y comunidad.
Me sabe como la «chapata», sencilla y agrietada,
cercana y comprometida.
No como la «baguette», más perezosa y estirada.
No me sabe a pan de «pistolas», cobardes y asesinas,
sino al bollo compartido del perdón, al bocata paciente de la paz.
Me sabe a pan integral, moreno y fibroso,
del sabor de la tierra, las espigas, el sol y el mar.
No me sabe a pan de molde. ¿Será porque Dios no está cuadrado?
No me lo encuentro en los canapés de los famosos y adinerados, sino en los pequeños «colines», en los detalles más crujientes y cotidianos.
Dios me sabe a pan.



«Durante un período en el que el costo de la vida era muy alto, Rabí Méndel advirtió que las muchas personas necesitadas a quienes agasajaba en su casa como huéspedes recibían hogazas más pequeñas de lo habitual. Entonces ordenó que se hicieran hogazas más grandes que antes, puesto que éstas debían ajustarse al hambre y no al precio».

Martin Buber, *Cuentos jasídicos. Los maestros continuadores.*

2. La Palabra de Dios, vida y alimento

Evangelio. Mt 5, 1-11 (Las bienaventuranzas prueba del Reino)

«Al ver Jesús al gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y les enseñaba diciendo:

Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tiene hambre y sede de la justicia, porque ellos quedarán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.»

3. Textos para profundizar nuestra fe y nuestra experiencia

El carnet de identidad de los cristianos

El Papa Francisco lo ha repetido cada vez que ha tenido ocasión: las Bienaventuranzas son la verdadera prueba del algodón del cristianismo. Ese es su sentido: no son una oración, ni sólo lo que nos espera en el cielo. El Reino existe cuando el pobre tiene la buena noticia de que, como es mi hermano, ya no va a ser más pobre. El Reino existe cuando el que llora es consolado; el Reino existe cuando los que trabajan por la paz, en lugar de ser menospreciados o ridiculizados, son llamados «hijos de Dios». El Reino existe cuando los que tienen hambre de justicia son saciados...

No nos encontramos ante una nueva moral, ni ofrecen consuelo para la otra vida. Las Bienaventuranzas son los verdaderos frutos del Reino.

Un Dios de vida para todos, comenzando por los últimos

Jesús se rodeaba de los más necesitados. Las Bienaventuranzas apuntan hacia los márgenes del mundo, aquellos a los que la historia ha dado la espalda. Jesús nos dice que el Reino es principalmente de ellos. Toda su vida pública está teñida por el convencimiento de que la oferta universal del Reino se hace desde la parcialidad de los más desfavorecidos. No podremos conocer jamás el rostro de Dios si no miramos al rostro de los pobres, de los oprimidos. O, lo que es lo mismo, no podrá haber futuro verdadero, si no hay futuro para todos.



El encuentro con Zaqueo

Sabemos que Zaqueo era un recaudador de impuestos y usaba la violencia para el cobro. Era considerado un ladrón y, además, para la mentalidad de la época era impuro por sus tratos con los romanos. Cuando Jesús se encuentra con él no le echa un sermón sobre lo malo que es su actitud. Comer en su mesa se entendió como una provocación al cerrado sistema de pureza establecido en la época. Pero Zaqueo experimenta la fuerza del Reino y se convierte. Devuelve lo robado, y aún da más, porque descubre que es preferible vivir la fraternidad del Reino que la avaricia del dinero. Quiero vivir eso y lo quiero vivir ahora. Ni por miedo, ni por deber... porque estoy fascinado, porque esto es lo que yo buscaba. No hay una mejor catequesis.

Cuando Jesús quiere hablar del Reino, come

Los panes y los peces, la parábola del Buen Padre, Zaqueo, las bodas de Caná... No hay duda: el gran signo del Reino es el banquete. Como a los contemporáneos de Jesús, la lógica del Padre nos sigue desafiando hoy. En la misión de Jesús no hay grandes discursos, sino un signo claro y profundamente humano: la mesa compartida. Jesús comía con pecadores, con mujeres, con ricos, con pobres, con todo el mundo... No lo entienden, claro. Si el Reino ya está aquí, si todos somos hermanos... isentémonos en la mesa de la familia, compartamos el pan, rompamos todas las barreras que nos separan, que nos rompen, que nos hieren! Vivamos ya el cielo: sentados juntos en la mesa común de la Humanidad reconciliada. Sólo tienes que querer sentarte con tus hermanos... aunque no sean ni tan guapos, ni tan simpáticos, ni tan amables, ni tan buenos como tú quisieras...

La mesa compartida no se conjuga en pasado

El banquete era la clave del Reino que se personificaba en el propio Jesús sentado en la mesa en comunión. Sabiendo que se juega la vida, apuesta por un signo final, clave, central para la comunidad del Reino: «haced esto en memoria mía». Y los cristianos, ni tan buenos ni tan listos como podríamos ser, seguimos repitiendo este gesto dos mil años después. Hijos débiles del mismo Padre, miembros de una misma familia, queremos transparentar el infinito Amor de Dios a la Humanidad.

4. Compartimos nuestra experiencia de la fraternidad del Reino

- * ¿Dónde y cómo vives la fraternidad del Reino?
- * ¿Qué significa en tu vida el gran signo de Jesús, la mesa compartida?
- * Tu familia, el entorno marista, nuestro grupo ¿son manifestaciones de la mesa compartida, de la fraternidad del Reino?
- * ¿Sientes que en cierta medida las Bienaventuranzas se hacen verdad a tu alrededor? ¿Qué habría que convertir aún a la dinámica del Reino?

5. Oramos sentados, como hijos, en la mesa del Reino

Canción para escuchar o cantar (Kairoi)

*SOMOS CANCIÓN, SOMOS FIESTA,
SOMOS UN CANTO DE AMOR,
UN CORAZÓN, UNA IGLESIA,
SOMOS FAMILIA DE DIOS.*

Somos fiesta cuando hacemos más posible la unidad,
cuando abrimos nuestras puertas a los demás,
cuando amamos, y el amor nos da valor
en la lucha por la paz, la justicia y la solidaridad.
Dios nos llama a un solo pueblo, su familia hemos de ser,
las personas son personas por el amor.
Nos juntamos para celebrar la fe, para darle gloria a Dios
defendiendo cada vida y su valor.
Somos canto, y hasta el aire se nos llena de emoción,
nos hacemos voz y llanto al descubrir
lo que falta para la fraternidad, para hacer el Reino aquí
y que Cristo nos transforme para sí.

Tiempo de compartir

Hacemos eco de las reflexiones compartidas en el diálogo del grupo:

- damos gracias a Dios por los signos del Reino que vemos entre nosotros,
- pedimos por lo que más necesita la Iglesia y el mundo de hoy...

Manifestamos nuestro deseo de que nosotros, nuestro grupo, nuestra familia
y nuestro entorno reflejemos aquí y en nuestra vida y actividad gestos de las
bienaventuranzas. Se lo pedimos a Dios.

Oración común

Padre nuestro presente en el mundo,
sustento y fuerza en nuestro diario vivir:
que nuestro corazón te alabe
y nuestra vida refleje tu rostro.
Padre de todos, danos tu fuerza
para vencer las dificultades
y luchar contra todo lo que rompe
nuestra armonía como seres humanos.
Instaura tu Reino en cada rincón
de nuestro mundo,
para que las palabras justicia,
libertad y fraternidad,
sean la base de nuestro lenguaje común.
Entrelaza tus manos con las nuestras,
cuando libres de intereses, se vacíen
y se abran para ofrecerse y dar.
Fortalece a los que constituimos tu Iglesia,
para que nuestro objetivo común
sea la concordia y familiaridad,
para fraternalmente atender
a quienes más lo necesitan.
Concédenos, Padre, que se pueda decir de nosotros
lo que Marcelino deseaba para los maristas: «mirad cómo se aman»,
para que allí donde estemos seamos portadores de alegría, paz y amor.



Padre nuestro...

Comisión del laicado marista

E-mail: laicadomarista@maristasiberica.es